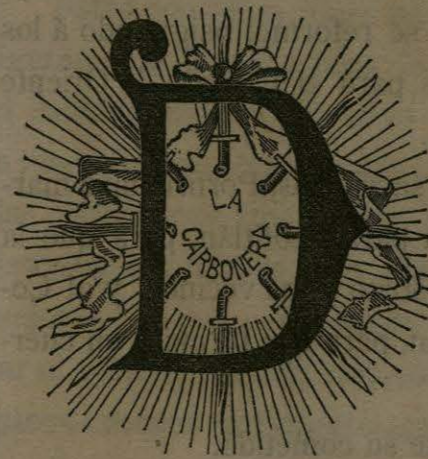


(septiembre 1862)  
3 DE VBBII

## CAPITULO XVIII.

El General Díaz organiza su ejército y sale de Oaxaca.—Situación de Maximiliano y su rompimiento con los franceses.—Embajada americana.—Pretenden los franceses corromper algún Jefe republicano.—Maximiliano permanece en el poder.—El General Díaz abre la campaña.—Sitio de Puebla y batalla del 2 de Abril.



ESTRUIDAS las fuerzas imperialistas que ocupaban á Tehuantepec, y las partidas sueltas que merodeaban en varios puntos del Estado, el General Porfirio Díaz volvió á Oaxaca, donde lo aguardaban comisionados de Veracruz, Puebla, Tlaxcala y México, que llevaban el encargo, á nombre de estos Estados, de excitarlo para que marchara violentamente á tomar el mando de las fuerzas republicanas que obraban en aquellos lugares, y activar así una campaña decisiva contra el imperio agonizante.

El General Díaz ofreció obsequiar los deseos de aquellos pueblos; pero manifestó á las comisiones respectivas que no era conveniente

hacerlo hasta que hubiera terminado la organización de las tropas de Oaxaca, que tenían que ser la base de las operaciones que iba á emprender.

Aguardaba, en efecto, el caudillo de Oriente un convoy de armas y pólvora que el agente mexicano remitía de los Estados Unidos, por Minatitlán, á nuestras tropas. Y con esos elementos podría poner en alta fuerza los tres cuerpos de Cazadores que formaban la brigada de infantería del General Gonzalez, y armar su caballería, que carecía casi de todo.

Con una incansable actividad, en efecto, equipó y uniformó sus batallones de cazadores y sus regimientos de lanceros, disolviendo las guardias nacionales con que había hecho la campaña de Oaxaca.

Más el sostenimiento de éstas, y los crecidos gastos hechos en organizar el cuerpo de Ejército y en los servicios públicos habían agotado los recursos del Estado, á pesar de la estricta economía que había presidido la honrada administración militar del Señor Díaz.

Este caudillo y los sufridos Jefes y Oficiales que militaban á sus órdenes sufrían resignados todo género de privaciones, porque combatían sólo por amor á la Patria. Y en la División rigió la tarifa más económica, hasta que en Enero de 1867 se reformó, asignando á los Jefes y Oficiales los haberes designados para el Ejército de Oriente en 1862, y mejorando á la clase de tropa.

Y no queriendo exigir al Estado más sacrificios, Porfirio hizo marchar con su brigada al General Figueroa para Teotitlán, para que la reorganizara con los recursos de éste distrito y los vecinos, y al Coronel Espinosa lo mandó situar en Acatlán, para que formara un cuerpo de infantería y otro de caballería.

Ambos Jefes llenaron cumplidamente su cometido.

Los tres batallones de Cazadores permanecieron todavía en Oaxaca, por la dificultad de moverlos, y el General Díaz con sólo doscientos lanceros, algunos ayudantes y empleados de la Comisaría, y una sección de ambulancia, salió al fin á dirigir la campaña.

Antes de llegar á Acatlán intimó rendición á la columna imperialista que guarnecía á Matamoros: y los imperialistas, ya fuese porque comenzaban á sentir la desmoralización que cundía rápidamente en

todo su partido, ya porque creyesen que los amenazaba una fuerte división retrocedieron hasta Puebla.

Matamoros de Izúcar fué ocupado por el Coronel Espinosa, y el General Díaz estableció su Cuartel General en Acatlán, donde dictó las medidas convenientes para activar la campaña. Ordenó á los Jefes que operaban en el Norte de Oaxaca, Veracruz, línea de Chalco y Texcoco, tercer distrito de México y Norte de Puebla, que activasen la organización de sus fuerzas, á fin de hacer con ellas un movimiento general de concentración, para las operaciones que comenzaban ya.

Quizá la reseña que estamos trazando sea alguna vez leída en el extranjero, donde no son perfectamente conocidos los sucesos, que tuvieron lugar en la época que nos hemos propuesto referir. Quizá también nuestro libro pase á manos de las generaciones futuras que ignorarán esta parte de la historia del país.

Estas consideraciones nos obligan á mencionar aquí, aunque sea ligeramente, lo que á fines de 1866 y principios de 1867 acontecía con el llamado imperio. Ya otras veces hemos tenido que ocuparnos de la marcha que había seguido la cosa pública desde que las tropas aliadas pisaron nuestras costas; pero hoy más que nunca tenemos que describir los hechos con mayor precisión, para que se comprenda mejor la gloriosa campaña de Oriente, en la cual no veremos ya figurar al ejército francés, sino sólo á los imperialistas mexicanos, y algunos cuerpos extranjeros aliados.

Es que la división que por algun tiempo existió latente entre el llamado imperio y el ejército francés se había acentuado más y más, sobre todo desde que tuvo Maximiliano la convicción de que Napoleón, faltando á los tratados, retiraba su apoyo al trono que había levantado.

No tenemos que ocuparnos de la misión de Carlota, que terminó con la pérdida de la razón de esta Señora. Tampoco podemos extra-

viarnos en ese dédalo de intrigas de la política francesa, empeñada en conspirar contra el imperio que su ejército había erigido en México.

Napoleon III, persuadido de la imposibilidad de sostener á Maximiliano, viendo levantarse en Francia, como ya indicamos, una oposición general contra la intervención de México, y apresurado por la inflexible intimación de la Casa Blanca, resolvió retirar violentamente sus tropas. Y en Octubre de 1866 se había apresurado la concentración del ejército francés que, al ir desocupando las plazas y ciudades del interior del país, las entregaba á las autoridades imperiales.

Pero como una marea ascendente avanzaba poderosa la insurrección, amenazando ahogar al imperio. Entonces pensó Maximiliano abdicar y salir del país. Y pretestando ir á encontrar á Carlota, cuya vuelta era imposible, Maximiliano salió de la capital á las dos de la mañana del 21 de Octubre de 1866, acompañado del padre Fischer, el ministro Arroyo, el Coronel Kodolich y el médico Basch.

La comitiva estaba compuesta de tres carruajes escoltados por tres escuadrones de húsares, y por la gendarmería húngara: el mismo día llegaron á la hacienda de Soquiapam, donde pernoctó Maximiliano: y en el acto escribió al Mariscal Bazaine, indicándole que iba á entregarle unos documentos necesarios para poner término á la situación violenta en que se encontraba México: es decir, su abdicación.

Pero nada hizo allí el príncipe austriaco, y siguió adelante su camino hasta Orizaba, sin querer recibir al General Castelnau que venía con una misión extraordinaria de Napoleon, y á apresurar la marcha del ejército francés.

En Orizaba tornó de nuevo á cambiar de opinión Maximiliano, rodeado é influenciado por el clero, que empeñosamente trabajaba por impedir la marcha del príncipe comprendiendo que se quedaba sin bandera, puesto que no sería á la facción conservadora á la que entregaría el ejército francés el poder, después de la abdicación del llamado emperador.

Este, por otra parte, se había persuadido de que la corte de las Tullerías no sólo violaba los tratados celebrados, retirando ántes del tiempo pactado el ejército de ocupación, sino que pretendía ganarse á

alguno de los Jefes republicanos de más prestigio, para ofrecerle la presidencia de la República.

Para que no se crea que aventuramos una aseveración infundada, consignaremos la siguiente cláusula que se encontraba entre las instrucciones dadas por Napoleon III á Castelnau.—«Si llega Maximiliano no á abdicar, se deberá reunir un Congreso, excitar la ambición de «varios Jefes de los disidentes que hacen la campaña, y hacer que se «dé la Presidencia de la República, exceptuando á Juárez, al que dé «ventajas más formales á la intervención.»

La intervención francesa que había comenzado violando la palabra empeñada en los preliminares de la Soledad, terminaba con una defección vergonzosa, rompiendo la palabra empeñada con el príncipe austriaco.

El Gabinete de las Tullerías, por otra parte, había autorizado á los diplomáticos para que anudasen relaciones con el defensor de Puebla, General Jesus Gonzalez Ortega, á quien creían el competidor más serio que podía oponerse á Juárez, en virtud de estar aquel revestido del carácter de vice-Presidente de la República, y de haber terminado el periodo constitucional de Juárez, según opinaban algunos republicanos, que no tenían en cuenta la suspensión del régimen legal en virtud de la guerra extranjera.

El Cuartel general francés, es decir, Bazaine, pensaba en otro candidato, en el General Porfirio Díaz, cuya lealtad y humanidad estimaba altamente: esta nueva combinación produjo un resultado de gravedad que tenemos que consignar, porque revela otra vez el carácter íntegro y noble del caudillo cuya historia escribimos.

Los Estados Unidos que, como dijimos ya, habían tomado una actitud resuelta en la cuestión de México, creyeron necesario organizar una embajada especial, compuesta del plenipotenciario Campbell y del General Sherman, que marchara á México, y cuya misión principal consistía en apoyar al Señor Juárez, á quien únicamente reconocía el gobierno americano como Presidente legal.

La fragata *Susquehanah* salió de Nueva York el 11 de Noviembre de 1866 dirigiéndose primero á Matamoros y después á Tampico, ocupado ya por fuerzas republicanas. Y poco después el cónsul ame-

ricano Ottembourg llegaba rápidamente á la capital, procedente de los Estados Unidos, donde se creía que Maximiliano había partido ya para Europa.

Ottembourg á su llegada á México se presentó á Bazaine, anunciándole la próxima llegada de Campbell y Sherman, y manifestándole confidencialmente que estaba autorizado por su gobierno, de acuerdo con el emperador de los franceses, para restaurar juntamente con el General en Jefe, la República mexicana.

El cónsul americano creía que ya era tiempo de fijarse en el General juarista á quien debía entregarse la ciudad de México, para evitar todo desórden; y agregó que Porfirio Díaz le parecía digno de esa elección: que en tal virtud se le debía invitar para que se acercara á la capital, bajo la inteligencia de que él, Ottembourg, había obtenido ya de los banqueros la cantidad suficiente para asegurar un mes de sueldo á las tropas del General Díaz.

Bazaine quedó sorprendido al ver hasta dónde llegaban ya las combinaciones internacionales contra el imperio mexicano: pero contestó al cónsul, que mientras Maximiliano pisase el territorio sería ante sus ojos el único Jefe legal de la Nación con derecho á la protección francesa. Sin embargo, agregó, si el príncipe se embarcara, el ejército francés no aceptaría ni apoyaría como pretendiente al sillón presidencial sino al Jefe republicano que garantizase el reconocimiento de la deuda francesa.

Los diplomáticos extranjeros, el emperador Napoleon y el General francés, nada habían aprendido sobre el carácter de la insurrección de los mexicanos contra la intervención y el imperio. Los republicanos en ningún punto transigirían con el enemigo, y fieles á su bandera y á sus principios, nada aceptarían de los invasores, ni harían la menor concesión: en los patíbulos y en los campos de batalla habían conquistado el derecho de hacer solos la independencia de su patria, y de no ceder un átomo de su soberanía para gobernarse conforme á su ley nacional.

Sin embargo se envió al General Díaz una misiva haciéndole las invitaciones que hemos mencionado. Pero el caudillo de Oriente las rechazó enérgicamente, diciendo que no era más que el soldado leal

de la patria, y no tenía más misión que combatir á la invasión y al imperio. Y así lo manifestó á Romero, nuestro Ministro en los Estados Unidos, en una carta que Seward hizo publicar en el «Libro Amarillo.»

Pero concluyamos con la misión americana, aunque anticipemos algo las fechas.

El 29 de Noviembre el *Susquehanah*, en medio de un terrible norte, enarbolando el pabellon de las estrellas y conduciendo á la embajada americana se presentaba frente á Veracruz, anclando al fin en Ulúa. Un bote se desprendió del muelle y se dirigió á la fragata llevando al cónsul americano residente en el puerto, que iba á anunciar al plenipotenciario que Maximiliano había resuelto no abdicar.

En esos instantes la ciudad se iluminaba, y los cohetes y las salvas de artillería anunciaban que el príncipe austriaco no partía ya para Europa, sino que iba á continuar derramando sangre mexicana por saciar una loca ambición.

La fragata americana volvió á hacerse á la mar, llevándose á los comisionados.

Reanudemos ahora la relación de los sucesos, para continuar metódicamente nuestra historia.

Maximiliano, atacado de calenturas, se había establecido en la hacienda de Jalapilla inmediata á Orizaba: y desde allí mantenía una correspondencia activísima con Bazaine, y con su gabinete que había quedado en México.

Esa correspondencia que ha publicado la prensa y que ha recogido cuidadosamente la historia, revela las oscilaciones de aquel espíritu vacilante é indeciso que unas veces se inclinaba á la abdicación y otras á permanecer en aquel trono que amenazaba ruina.

No nos incumbe explorar las causas que decidieron al archiduque á romper definitivamente con los franceses para empuñar la bandera clerical y lanzarse á una guerra insensata, capitaneando las viejas bandas reaccionarias que tanto había despreciado ántes.

Una carta del consejero belga Eloin, fechada en Bruselas y dirigida á Maximiliano, acabó de revelar á éste la insidia de Napoleón, á la vez que despertó sus pretensiones al trono de Austria; y esto influyó mucho acaso en la resolución del llamado emperador.

Por otra parte, su orgullo tan hondamente lastimado por la política francesa se sublevó ante la idea de abandonar su puesto, fugándose confundido entre el convoy del ejército francés.

Por último la influencia omnipotente del padre Fischer, agente del clero, y las intrigas de los reaccionarios acabaron de precipitar el rompimiento entre Maximiliano y el cuartel general francés.

Miramón y Márquez, olvidando su resentimiento y deseando servir á su facción, estaban ya cerca del príncipe, y servían de centro común á los trabajos de los conservadores.

El Ministerio y el Consejo de Estado marcharon á Orizaba llamados por Maximiliano, conducidos por Miramón y escoltados por fuerzas francesas.

Demasiado conocidas son aquellas célebres conferencias de Orizaba, de las cuales salió el manifiesto de Maximiliano, en el cual declaraba que si la enfermedad de Carlota le había inspirado la convicción de abdicar, se había sin embargo resuelto á permanecer en el poder, siguiendo la opinión de los Consejos de Ministros y de Estado. Maximiliano ofrecía además, para la calendas griegas, la reunión de un Congreso Nacional que determinara si debía ó no continuar el imperio.

Maximiliano se había dejado embriagar por las promesas del clero, que trazó un plan de campaña fascinador. Lares y Fischer ofrecieron al príncipe, en nombre del clero, cuatro millones de pesos y un ejército pronto para entrar en campaña.

Márquez y Miramón tomarían el mando de las fuerzas imperiales. El primero ocuparía la capital y protegería el alto llano contra las tentativas de Porfirio Díaz.

Miramón, decían los clericales, marcharía al Norte al encuentro de Escobedo á quien derrotaría, ayudado por Mejía, cuyo prestigio militar no estaba perdido aún, á pesar de los desastres que el imperio había sufrido en la frontera.

Destruídos los republicanos que operaban en el Norte, Miramón volvería sobre los de Oaxaca y los haría pedazos! ¡Y Maximiliano tuvo el candor de creer posibles esos castillos en el aire!

Pero nos hemos detenido demasiado, y tenemos que seguir los sucesos, que marchaban con una rapidéz asombrosa.

Al comenzar el año de 1867 la intervención francesa había terminado: el 5 de Febrero se arrió la bandera francesa del cuartel general de Buenavista, y el Mariscal salió de México con sus tropas y acampó en la calzada de la Piedad.

Al siguiente día se perdía el ejército francés en el horizonte, reflejándose el sol en las bayonetas manchadas aún con sangre mexicana. Y dejaba nueve mil hombres enterrados en la tierra que había invadido, nueve mil hombres muertos en los campos de batalla, y sin contar con los que sucumbieron á las enfermedades del clima, ni los que quedaron locos ó enfermos en los hospitales.

El ejército francés marchó para Veracruz, escalonando sus jornadas estratégicamente y llevando un gran convoy.

Volvamos ahora al campamento del General Díaz.

En la primera quincena de Febrero se presentó en la Villa de Acatlán Mr. E. Burnouf, enviado por Maximiliano, ofreciendo á Porfirio el mando de todas las fuerzas imperialistas encerradas en Puebla y México, prometiéndole que Márquez, Larez y demás conservadores serían arrojados del poder, y que el mismo Maximiliano muy pronto abdicaría, abandonando el país, y entregando la situación al partido republicano.

El General Díaz, conservando la serenidad de su espíritu, contestó al enviado que como General en Jefe del Ejército que le había confiado el Supremo Gobierno de la República no podía tener con el Archiduque otras relaciones que las que la ordenanza y leyes militares permiten con el Jefe de una fuerza enemiga.

Esta enérgica y digna contestación la comunicó por circular el Señor Díaz á todos los Gobernadores y Comandantes militares de los Estados, publicándose en los periódicos republicanos.

En la segunda quincena de Febrero el General Díaz emprendió su marcha con las caballerías de Oaxaca y Puebla para Tepeji. Sobre

la marcha se le incorporaron las infanterías y la artillería que mandaba el General Manuel Gonzalez.

En San Juan Yacaquixtla y Tepeaca, se le unieron la brigada del Norte de Oaxaca á las órdenes de Figueroa, el batallón del Coronel Espinosa y otro cuerpo de caballería del Estado de Puebla.

Al concluir el mes de Febrero, el Cuartel general quedó establecido en Huamantla, donde llegaron tambien la brigada de Veracruz al mando del General Alatorre, la de Puebla á las del General D. Juan N. Mendez y las de Tlaxcala que mandaba Rodriguez Bocardo.

En este lapso de tiempo, que tan rápidamente hemos recorrido, se consumaban hechos gravísimos para el imperio. Miramon, que con su audacia genial había marchado para el interior con cerca de dos mil soldados y un gran cuadro de Oficiales, después de reunir cuantas fuerzas imperialistas le fué posible, y de haber obtenido un efímero triunfo en Zacatecas, fué completamente derrotado en San Jacinto.

La División de Mejía, por otra parte, muy poco auxilio pudo dar al campeón del clero, porque todo su prestigio militar había concluído después del desastre de Matamoros, y de su retirada hasta Querétaro.

Comenzaba á disiparse el dorado sueño de los conservadores que habían creído reproducir el período de 1858 á 1860, y prolongar por dos años siquiera la vida de aquel imperio, que era la única tabla de su salvación.

La campaña del Norte fué fatal para los imperiales, y Escobedo avanzaba sobre Querétaro, haciendo replegarse á Don Severo Castillo, uno de los mejores Generales del clero, después del combate de la Quemada.

Juntamente con el brillante plan de campaña forjado en Orizaba se desvanecieron los cuatro millones prometidos por Fischer en nombre del clero, millones que Maximiliano no pudo palpar. Por el contrario, el tesoro imperial estaba exhausto, y sólo por el conocido sistema de las exacciones, que tan bien sabían emplear los conservado-

res, se reunieron algunos fondos para afrontar tan difícil situación.

Entonces se ideó un nuevo plan, arrastrando los clericales á Maximiliano para que se pusiera al frente de los restos del ejército acampados en Querétaro. Se deseaba empeñar hasta lo último al príncipe austriaco en aquella aventura: y los Jefes clericales querían además conservar siempre á su lado al llamado emperador para vigilarlo. Temían dejarlo sólo en la capital, conociendo la versatilidad de su carácter que podía impulsarlo á abdicar tal vez, intentando volver á Europa, y entregar México á los republicanos.

Sea lo que fuere, el hecho es que Maximiliano marchó para Querétaro con Márquez y las mejores fuerzas que éste pudo organizar.

Escobedo á su vez se acercó á la ciudad después del primer ataque del 14 de Marzo de 1867. Maximiliano se dejó sitiar allí por los republicanos.

Por fin en el mismo mes de Marzo el Ejército de Oriente descendió al Valle de Puebla, llegando frente á esta ciudad el día 8: al siguiente día el General Díaz establecía su cuartel general en el Cerro de San Juan, en el mismo campamento donde había tenido el suyo Forey durante el sitio que tanta gloria dió al Ejército mexicano.

Pero el General Díaz, á la vez que hacía esta campaña, vigilaba activamente la capital, mandando hasta Chalco una brigada de caballería. Disponía tambien que se le incorporaran las fuerzas de Guerrero que habían ocupado á Cuernavaca. Y á pesar del inmenso trabajo que tenía que emprender en la dirección de la guerra, atendía á todos los servicios administrativos del inmenso territorio que estaba bajo su mando, y arbitraba los recursos necesarios para sus tropas, y para los gastos que exigían las operaciones militares.

El General en Jefe del Ejército de Oriente comprendía bien que con ménos de tres mil hombres, que en aquellos momentos tenía, no podía sitiar y tomar una plaza guarnecida por un número igual ó mayor de soldados, y tan perfectamente surtida de municiones, armas, víveres y todo género de elementos.

Puebla contaba con una formidable línea de trincheras y baluartes erizados de artillería. Aquella ciudad, desde la ocupación francesa, se había convertido por el llamado imperio y por Bazaine en un ver-

dadero almacén de guerra imperial: y el Jefe francés, al retirarse el ejército invasor, había acopiado allí una gran cantidad de cañones y fusiles con las municiones respectivas en exceso, así como también el equipo bastante para que Maximiliano pudiera levantar un cuerpo de ejército.

Porfirio quiso desde el primer día obligar á los imperiales á salir de la ciudad fortificada, para darles una batalla en campo raso, donde estaba seguro de vencerlos. En tal virtud, tendió sus fuerzas en batalla, el día 8 de Marzo al pié del Cerro de San Juan.

Pero los imperialistas no aceptaron el reto y permanecieron encerrados tras de sus fortificaciones, que parecían inexpugnables. Entonces el General en Jefe republicano se decidió á ir á buscar al enemigo al centro de la plaza, comenzando las operaciones de un asedio que parecía insensato, contra una ciudad protegida por una artillería superior á la de los republicanos en número y calibre, defendida por mayor número de fuerzas, y tan bien dotada como dijimos ya, de infinitos pertrechos de guerra y víveres.

La noticia de este asedio llegó á Bazaine, que en esos momentos embarcaba en Veracruz los últimos batallones franceses que se habían retirado de Orizaba y Córdoba: y al saber la intentona del General Díaz no pudo ménos que asombrarse, asegurando que el caudillo de Oriente se estrellaría ante una ciudad tan perfectamente atrincherada y abastecida, y que él, Bazaine, la defendería con la mitad de la guarnición con que contaba.

Esta vez también se equivocaba el Mariscal, ya porque no contaba con el genio militar y audacia del General Díaz, ya porque olvidaba que de nada sirve la fuerza material á los gobiernos que agonizan, agoviados por la opinión pública.

En esos momentos surgía un incidente que más tarde había de significar un obstáculo grave que encontraría el General Díaz en su camino.

Nos referimos á la rápida venida de Márquez que al frente de numerosa caballería se había separado de Maximiliano, dirigiéndose á la capital. Es que ese viejo Jefe reaccionario, al saber que marchaban violentamente sobre Querétaro las fuerzas republicanas del Sur y del

Poniente, no quería quedar encerrado en la ciudad donde había dejado al príncipe austriaco abandonado á su mala suerte. Y pretestando venir á organizar en México un ejército auxiliar para ir á salvar á su emperador, logró escaparse de Querétaro, aunque revestido con el carácter de Lugar teniente del imperio.

Márquez, en efecto, llegó á México, y rápidamente comenzó á levantar fuerzas y se arbitró de cuantos recursos le fué posible, recurriendo á todo género de violencias contra los ricos y los propietarios. Así llegó á levantar cerca de diez mil hombres, entre los cuales se contaban la legión extranjera, los cuerpos austriacos y los mejores batallones del ejército imperial.

Para concluir con esta reseña general de los hechos que se consumaban en el país, diremos, por último, que Bazaine con las últimas tropas de la intervención, se había embarcado el 12 de Marzo, alejándose entre las brumas del mar la escuadra que cinco años ántes había llegado á nuestras playas llena de altivez.

Porfirio, entre tanto, continuaba la empresa temeraria de sitiar á Puebla, que había resistido por tanto tiempo á treinta mil franceses, á pesar de que entonces los republicanos carecían de la artillería y de los elementos que tenía en 1867 la guarnición imperial.

Día á día el caudillo hacía prodigios de valor y de una infatigable actividad, recorriendo su línea incesantemente, multiplicándose en los lugares donde era mayor el peligro, dirigiendo los ataques parciales sobre los puntos que iba asaltando, é inspirando á sus tropas brío y confianza en el éxito de aquella operación tan audaz.

Apenas tomaba algunas horas de descanso en su campamento del cerro de San Juan, donde tenía que consagrarse al despacho de los negocios administrativos de los diez Estados que estaban bajo su mando.

En aquellos momentos, y durante las primeras operaciones del sitio, el General en Jefe del Ejército de Oriente recibió órdenes terminantes del Gobierno General, para que mandara fuerzas al sitio de Querétaro donde, según el gabinete del Señor Juárez, estaba la clave de la situación. Es que el Presidente, tan alejado del campo de los sucesos, ignoraba que si Márquez hubiera podido volver en auxilio de Querétaro con un cuerpo de ejército tan respetable, quizá hubiera cambiado la faz de la situación, y la lucha se habría prolongado más.

Sea lo que fuere, el General Díaz ni siquiera discutió las órdenes que se le daban, y mandó á Querétaro las fuerzas del segundo Distrito del Estado de México y una brigada de Puebla á las órdenes del General Don Juan N. Mendez. Dispuso además que Riva Palacio, que estaba en Toluca, se uniera á esta División con las fuerzas del primer Distrito.

Afortunadamente días después se le incorporó la División del Sur; y ni por un momento suspendió el General Díaz sus operaciones, atacando día á día un nuevo punto de los que ocupaban los imperialistas.

Así logró que Carrión tomara la Penitenciaría y San Javier, á costa de muchas pérdidas, y á pesar de la defensa desesperada de la guarnición.

Los combates eran diarios, continuos, á la luz del sol, y bajo las sombras de la noche: las tropas del imperio recibían nuestras columnas con un fuego nutridísimo, utilizando su magnífica artillería; y sin embargo, el General Díaz entre un torbellino de metralla, hizo ocupar los puntos de Santiago y el Molino de Huitzotitla, para hostilizar mejor el Cármén que se defendía con desesperación.

A la vez por el Poniente y el Sureste las columnas republicanas se establecían en la Alameda, la Capilla de Guadalupe, el Parral y los baños de Carreto, cercando así las intomables fortificaciones de Belem.

El General Díaz había logrado situar una pieza de artillería sobre los hornos de Múgica, rellenando éstos previamente con escombros; y así dominó las fortificaciones del lado occidental de la plaza que los imperialistas habían reforzado, recordando sin duda los episodios del sitio anterior de Puebla.

En aquellos ataques la sangre corría á torrentes, sobre todo en la

toma del cuartel de San Marcos y el Hospicio, donde fué gravemente herido el General Manuel Gonzalez.

Más tarde fué asaltado y ocupado el Convento de la Merced, á la vez que tenía lugar un combate épico, terrible, en el Circo de Chiari-ni, incendiado durante la lucha, y donde Porfirio, en medio de una granizada de balas, con el vestido acribillado, el rostro ennegrecido por el humo, escapando como por milagro entre las llamas del incendio y entre los escombros que se desplomaban sobre él, alentaba á sus tropas y las hacía avanzar invencibles, supliendo su escaséz con su estrategia y su actividad.

Al concluir Marzo, dice un testigo presencial, los republicanos habían avanzado en unos cuantos días, más que los franceses en dos meses, durante el sitio de 1863.

El 30 de Marzo se disputaban los republicanos y los imperialistas la manzana Sur con encarnizamiento y desesperación, cuando estalló un incendio en los baños de Carreto.

Las llamas levantaban sus inmensas lenguas de fuego, devorándolo todo, las balas y las bombas llovían sobre los combatientes, hasta que los sitiadores, guiados por los Generales Díaz y Alatorre, que tranquilos desafiaban la muerte, alcanzaron el triunfo más espléndido.

En esos momentos salía Márquez de México con más de cinco mil hombres, y un numeroso tren de artillería, á socorrer á Puebla. El Ejército de Oriente, mermado por un mes de combates diarios, iba á encontrarse entre dos ejércitos, muy superiores en número y en elementos para luchar. Sólo el génio militar de su Jefe podía salvarlo.

Apenas se supo en el campo republicano la aproximación de Márquez con fuerzas tan numerosas, los Jefes vacilaron sobre la determinación que debía tomarse, porque era insensato continuar en aquella situación. Algunos opinaban por la retirada para salvar al Ejército de una derrota segura; pero eso era perder los triunfos alcanzados á cos-



ta de tanta sangre, y retardar indefinidamente el triunfo de la República.

Sólo el General en Jefe, impassible y sonriente, no parecía impresionado por aquella nueva.

Es que durante la guerra de Reforma tantas veces había fustigado con su espada la espalda del Lugar-teniente del imperio, que sólo podía despreciarlo.

El General Díaz convocó una junta de guerra en la cual todos los Jefes republicanos compitieron en rasgos de valor y patriotismo.

En esa junta el General en Jefe, después de presentar todos los peligros que había en levantar el sitio, propuso el asalto inmediato de la plaza.

Alatorre, lleno de entusiasmo, se puso en pié, aceptando el plan, que fué aprobado por aclamación. Es que la suerte estaba echada, y allí era preciso vencer ó morir.

En el campo, sin embargo, se ignoraba la resolución tomada por los Generales, por haber guardado éstos una profunda reserva.

Hasta creyeron muchos que se levantaba el sitio, sobre todo al ver que algunos carros se movían colocándose tras el cerro de San Juan.

Los imperialistas al ver aquellos aprestos no podían disimular su gozo, tal vez por haber sabido también la aproximación de Márquez.

En la noche del día 1º de Abril, cerca de las 12, el General Alatorre, en Jefe de la primera División de infantería, dictaba por acuerdo del General Díaz las disposiciones necesarias.

Se señaló al General Cravioto el asalto de la trinchera de la calle de la Alcantarilla, al General Carrión el de las trincheras de las calles de Belem é Iglesias, y el de la brecha abierta en la manzana de Malpica: á Mier y Terán las de la calle de Miradores: á Carbó que se posesionase del Noviciado, y á Carlos Pacheco, que sólo era entonces Comandante de Batallón, que tomase la trinchera de la Siempreviva.

El General Juan C. Bonilla debía asaltar el parapeto del costado de San Agustín, en tanto que Figueroa, Andrade, Leon, Vazquez Aldama y otros Jefes debían hacer igual movimiento por el Oriente de la ciudad.

Alatorre con la reserva debía ocurrir al punto donde fuera preciso el auxilio.

Trece eran las principales columnas dispuestas para aquel ataque general, que tenía la insensatez del heroísmo.

La noche se pasó en un silencio profundo, los sitiadores inmóviles en las sombras sin saber lo que iba á pasar, y los sitiados aguardando con excesiva vigilancia, como si adivinasen el peligro.

A las tres y media de la mañana del día 2 una inmensa hoguera brotó en la cima del Cerro de San Juan, desgarrando con sus rayos las espesas sombras del horizonte.

Era la señal del asalto.

Al verla, los Jefes de las columnas lanzaron éstas, terribles, indomables sobre los parapetos y los fortines. Las cien piezas de los sitiados los recibieron con un fuego tan continuo, que apenas se escuchaba la detonación incesante de seis mil fusiles.

La ciudad parecía alumbrada por un volcan, á la vez que sobre ella se levantaban la gritería de los combatientes, el sonido de los clarines y los lamentos de los heridos.

Las calles quedaron muy pronto regadas de cadáveres, sin que por eso se detuvieran las columnas que llegaban despedazadas y sangrando á las trincheras, pero que saltaban éstas, matando á sus defensores.

En Belem murió Rodriguez, Acuña en la calle de Iglesias, Vazquez en la brecha de Malpica, sin que por eso retrocedieran las columnas que mandaban.

Bonilla barrió con la bayoneta al enemigo que en número superior quiso detenerlo; Figueroa venció cuanto obstáculo le opusieron los imperiales, á la vez que Doroteo Leon llegaba casi á la plaza y Terán mandaba repicar á vuelo en la primera iglesia que ocupó.

En la calle de la Siempreviva la defensa fué casi insuperable, y sin el heroico valor de Carlos Pacheco los republicanos habrían tenido que retroceder. Pero el joven comandante, en medio de un ciclón de balas y metralla, arrastró á sus soldados marchando al frente de

ellos; fué herido, pero volvió á la carga: adelante recibe otra herida, y no quiso retirarse, hasta que vió á sus soldados victoriosos saltar el foso y ocupar la trinchera.

Tendido en una camilla saludó Pacheco á sus tropas, victoreó á la República y fué conducido al hospital, donde sufrió una doble amputación, en un brazo y una pierna.

Durante más de una hora tuvo lugar aquella horrible carnicería, y aún duraba el fuego en gran parte de la línea, especialmente en la Merced que á costa de mucha sangre tomó Alatorre, y en el Cármen que resistió más tiempo aún.

Pero la ciudad había sido ocupada por algunos puntos y los asaltantes que primero penetraron al recinto fortificado atacaron por la espalda á los traidores que se defendían, obligándolos á sucumbir.

Por fin, á las primeras luces de la mañana todas las columnas diezmadas por el cañon y la bayoneta, se agrupaban en la Plaza de Armas de Puebla en torno del General Díaz, que acababa de dar á la Patria, en el suelo donde brilló el 5 de Mayo de 1862, la gloriosa fecha del 2 de Abril de 1867.



SAN LORENZO  
(10 de Abril de 1867).